

El estado actual de los estudios mesoamericanos

En los párrafos iniciales de *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Marc Bloch escribió: "hay momentos en el desarrollo de un tema cuando una síntesis, por prematura que parezca, puede contribuir más que un montón de estudios analíticos; en otras palabras, hay momentos cuando, por una vez, la formulación de problemas es más urgente que su solución".²⁶ Aunque expresadas hace más de cincuenta años en relación con la naturaleza y la dirección de la historia rural francesa, las palabras de Bloch pueden aplicarse con bastante pertinencia al estado actual de los estudios mesoamericanos, especialmente con respecto al campo de la etnohistoria. Mucho se ha realizado en este género desde la evaluación crítica de H. B. Nicholson de hace una década.²⁷ De interés particular en términos de enfoque geográfico ha sido la mayor atención dedicada a regiones más remotas y deficientes en recursos, al desplazarse espacialmente un número creciente de investigadores desde el área central de México hacia las periferias mesoamericanas en busca de descubrimientos que adelanten, depuren y revisen nuestra comprensión de la experiencia colonial y post-colonial.

Al darse tales adelantos, hay mucho que ganar de un esfuerzo creador y sintetizador que intente evaluar progresos recientes y que sugiera líneas potenciales de investigación para los años venideros. Aunque *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica*, siendo una obra de ensayos escritos por ocho autores diferentes, carece de la organización intelectual unificada y el tratamiento uniforme de asunto o materia asociados normalmente con obras mayores de síntesis, los colaboradores no obstante consiguen colectivamente revisar la condición presente de la investigación etnohistórica y establecer una agenda para investigaciones futuras.

Una versión semejante de esta reseña apareció en inglés en *Americas* 41 (1984): 2: 261-263. El autor agradece el permiso concedido de utilizarla para la presente versión española.

²⁶ (Paris: Librairie Armand Colin, 1960), pág. vii.

²⁷ "Middle American Ethnohistory: An Overview", en *Handbook of Middle American Indians* (Austin: University of Texas Press, 1975), XV: 487-505.

Después de una breve introducción, tres ensayos tratan sobre los problemas de la etnohistoria según se relacionan con la evidencia existente para Yucatán o son revelados por la misma. Una colaboración excelente de Nancy Farriss señala que la mayor parte de la investigación etnohistórica ha analizado a los mayas de Yucatán, ya sea como vestigios de un pasado precolombino o como objetos de un gobierno colonial o neo-colonial. Quizás una perspectiva más fructífera para observar los acontecimientos y circunstancias de la vida maya posterior a la conquista —argumenta Farriss— sea considerar al indígena “sujeto en su propio derecho” (pág. 19). Vistos así, a los indígenas coloniales se les considera algo así como actores atrapados en un drama que les ofrece una variedad de opciones a escoger, una que les da “tiempo para desarrollar sus propias adaptaciones a las presiones españolas, algo análogo a lo que se ha llamado ‘aculturación estratégica’: hacer algunos cambios para preservar los elementos esenciales” (pp. 33–34). Gran parte de lo que aquí dice Farriss se desarrolla con una exactitud sorprendente en una obra recientemente publicada y destinada a convertirse en clásica sobre Mesoamérica.²⁸

Un ensayo de David Freidel indica claramente que el descubrimiento arqueológico de que la agricultura intensiva fue abundante en toda la región de Yucatán anterior a la conquista, exigirá una reconsideración completa no sólo de descripciones de la cultura maya precolombina sino de la vida indígena colonial. La sección de Yucatán termina con una excelente descripción, hecha por Grant Jones, de lo que ocurrió durante la época colonial en la zona fronteriza de Belice. Lejos de comprender simplemente “unos pocos asentamientos paganos al margen de la civilización”, Jones demuestra convincentemente que tales comunidades eran “un elemento crítico en la sociedad colonial total, una fuerza que desempeñó un papel central en los asuntos de Yucatán desde el nivel del campesinado hasta los mismos escaños del gobierno colonial” (pág. 64). Con al menos una estancia prolongada en los archivos de su haber desde que escribió este ensayo, sólo podemos esperar que Jones desarrolle con todo detalle estos y más temas relacionados en publicaciones futuras.

Chiapas es sometida al escrutinio de Robert Wasserstrom y Jan Rus, quienes se comprometen considerablemente menos que sus compañeros colaboradores a tratar el trabajo de sus predecesores mesoamericanos.

²⁸ Nancy M. Farriss, *Maya Society Under Colonial Rule: The Collective Enterprise of Survival* (Princeton: Princeton University Press, 1984).

Wasserstrom además ofrece un ensayo conciso sobre las relaciones indígena-españolas durante el período colonial, en el que la sublevación tzeltal de 1712 se interpreta de manera bastante distinta a como ha sido interpretada por otros investigadores. Como el de Farriss, el ensayo de Wasserstrom es un extracto de una obra mucho más grande, también disponible en la actualidad.²⁹ Rus se centra en el período post-colonial de Chiapas, y dirige gran parte de su atención a una reconstrucción alternativa de la llamada Guerra de Castas de 1869, confrontación étnica de la que afirma que “no fue en absoluto una ‘guerra de castas’, por lo menos para los indígenas. La provocación y la violencia estuvieron casi completamente en el lado de los ladinos; los indígenas, lejos de haber sido los autores de las masacres, fueron las víctimas” (pág. 128). Ahora que Chiapas ha reemplazado en efecto a Guatemala como el laboratorio de campo de los antropólogos con base en la State University of New York (Albany), parece razonable esperar un florecimiento de la investigación para esta región en los años venideros.³⁰

La etnohistoria de Guatemala recibe una evaluación minuciosa de tres de sus investigadores más dotados y diligentes: William Sherman, Murdo MacLeod y Robert Carmack. Sherman describe los cambios que ocurrieron en la sociedad guatemalteca entre 1470 y 1620. Percibe una periodización triple de acontecimientos (1470-1520, 1520-1570 y 1570-1620), durante la cual los grupos nativos, acostumbrados durante mucho tiempo a la guerra y a la violencia entre ellos, fueron derrotados por una fuerza invasora extranjera mucho más formidable. Sherman sostiene que “la sociedad de conquista” forjada por la España imperial entre 1520 y 1570 había, para finales del siglo XVI, evolucionado a “una sociedad más civilizada” (pág. 181), conclusión con la que (aunque alcanzada en un contexto relativo) algunos comentaristas, incluyendo este crítico, probablemente estarían en desacuerdo. Mientras que Sherman recalca la importancia de los esfuerzos individuales y las iniciativas de grupo, los intereses de MacLeod al enfrentarse con las realidades de la vida guatemalteca de los siglos XVII y XVIII son muy diferentes. Identifica varios procesos profundos y perdurables

²⁹ Robert Wasserstrom, *Class and Society in Colonial Chiapas* (Berkeley: University of California Press, 1983).

³⁰ Las iniciativas de la State University of New York en Albany se basarán desde luego en la investigación de muchos antropólogos de Harvard y de muchísimos especialistas locales que trabajan con ahínco en centros de investigación y universidades de todo México. Una contribución reciente a la literatura en inglés es Sidney David Markman, *Architecture and Urbanization in Colonial Chiapas, Mexico* (Philadelphia: American Philosophical Society, 1984).

en funcionamiento, y los ve funcionando de tal manera que producen patrones que reflejan una variación regional sorprendente en la naturaleza de la experiencia colonial. Más que ningún otro colaborador, MacLeod explica con detalle un curso para futuras investigaciones, investigaciones que él anticipa que precipitarán “la revisión a fondo, si no la demolición” (pág. 190) de su propio trabajo así como el de otros.

Esta sección, y el libro en conjunto, termina con un examen de Carmack de la investigación que se ocupa de las relaciones indígena-españolas en el altiplano de Guatemala de 1800 a 1944. En su análisis de la parte principal del trabajo en cuestión, el cual se divide en dos categorías que se superponen, de aculturación y marxista, Carmack proporciona un modelo para futuras investigaciones que consiste en un estudio particular de Momostenango. El destino de esta comunidad, especialmente el asalto a la tierra y mano de obra nativas durante las reformas de Barrios de finales del siglo XIX, fue compartido —observa Carmack— por muchísimos pueblos indígenas en todo el altiplano de Guatemala. Esta usurpación, y la visión capitalista de la que era pieza central, sólo sirvió para fortalecer el resentimiento étnico de muchos años y preparó el terreno para las agitaciones políticas que han plagado a la sociedad guatemalteca hasta la fecha. Conflicto y resentimiento —concluye tristemente el lector— son constantes histórico-culturales en esta tierra violenta. A menudo víctimas de circunstancias complejas que están más allá de su influencia o control, las comunidades nativas sobreviven a una crisis inspirada por los ladinos sólo para ser enfrentados y forzados a adaptarse a otra más todavía. En Guatemala, y hasta cierto punto en toda Mesoamérica suroriental, el concenso y la reconciliación no forman parte de la lógica de las cosas. Simplemente no figuran, y nunca han figurado, como componentes viables de una solución o arreglo.

Entre las muchas ideas que surgen de *Spaniards and Indians in South-eastern Mesoamerica* está la de que ya no podemos suponer que la experiencia colonial de una periferia lejana no es sino una variante simplificada, atrasada en el tiempo y marginal en el espacio, de las condiciones que prevalecieron en el área central de México. Puesto que una nueva generación aborda los problemas planteados por la investigación en Yucatán, Chiapas y Guatemala, las cuestiones de especificidad geográfica e histórica cobrarán mucha importancia. Sin embargo, habría que esforzarse siempre por conseguir una visión y un contexto más amplios. Puesto que las muchas cuestiones pendientes que esperan un análisis continuo son tratadas

una por una, los investigadores volverán una y otra vez a este libro como marco perspectivo de referencia para interpretar el pasado oscuro y trágico de Mesoamérica suroriental.

— W. George Lovell
Queen's University de Canadá

A propósito del ensayo de Robert Wasserstrom

Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica es el producto de un simposio celebrado en octubre de 1980. En esa reunión, una docena de antropólogos e historiadores presentó ponencias sobre temas muy diversos, con comentarios a cargo de una distinguida junta directiva: Arturo Warman, Woodrow Borah y Eric Wolf. Ocho de estas intervenciones están incluidas en este volumen editado por los organizadores del simposio, Murdo MacLeod y Robert Wasserstrom. El comentario y las ponencias de Martin Diskin, Ronald Spores, Marcello Carmagnani y Luis Aboites no se incluyeron en el libro.

De los ocho ensayos publicados, tres se centran en Yucatán y las tierras bajas mayas, otros dos en Chiapas y tres en Guatemala. Aunque algunos artículos son historiográficos y otros presentan teorías originales, todos comparten interesantes temas comunes. Uno es la economía política: la historia de la tenencia de la tierra por parte de los españoles y por parte de los indígenas, la de las instituciones creadas para movilizar la mano de obra indígena, y la de los mercados y la relación de las economías locales con los sistemas regionales e internacionales. Otro es la demografía; no sólo los patrones cíclicos de crecimiento y disminución de población, sino también los patrones de migración interna, dispersión de asentamiento y huida hacia las zonas fronterizas. El tercero es la periodización. Esta reseña se centrará en Chiapas, especialmente en el artículo de Robert Wasserstrom, y comparará los cambios ocurridos en la provincia con los que ocurrieron en otras partes.

Robert Wasserstrom es un antropólogo iconoclasta cuya obra *Class and Society in Central Chiapas* lo señaló como renegado entre sus antiguos